

El Olivo

Eduardo

Image not found.

## Capítulo 1

Una tarde —le quedaba escasa media hora al día—, iba a pie por entre los caminos que separaban lo que en su día fue tierra de milenarios olivos de distintas fincas, ahora dueñas de un solo amo; el camino era ligeramente una cuesta, pareciendo a los ojos llano. Retorné la vista atrás y allí estaba mi hermano, caminando detrás de mí, sin haber pronunciado palabra. Le pregunté:

—¿Acaso puede alguien creerse con la suficiente potestad como para arrancar de la tierra al olivo milenario, y que nada en su conciencia se retuerza sin morderle?

Él se detuvo y, como había hecho desde el principio, dejó caer la vista en el paisaje, fija la mirada en aquel inefable vacío que deja la tierra yerma antes olivar. Apartó la mirada menos de un segundo, clavándola en mis ojos, para regresar a la tierra, y dijo:

—Es fácil vender, arrancar o destruir, deshacerte de algo cuando lo de uno se ha obtenido con el ajeno sudor de la frente, y no con el propio. Además —añadió, intuyendo mi réplica, con una triste sonrisa, mueca burlona— no existe la conciencia para los santos inconscientes.